

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Pedro León L. UNA OPOSICIÓN FUNDAMENTAL EN EL PENSAMIENTO MODERNO: CAUSALIDAD Y EVOLUCIÓN. Santiago. Editorial Jurídica. 1954. I Vol., 163 páginas.

Nota bibliográfica publicada en el N° 10-12 de 1956 de la *Revue Philosophique de la France et de L' étranger*.

Es preciso, ante todo, hacerle a este discurso académico la justicia de confesar la satisfacción que proporciona su lectura. Se trata de esa especie de placer que ninguna retórica, ningún artificio de elocuencia puede brindar, de aquel que se experimenta ante una construcción sólida, pero sin pesadez, ante una expresión lúcida que esclarece sin simplificar. Su autor, que se remite continuamente a obras de la ciencia y la filosofía francesa, posee ese don de exposición que suele atribuirse al genio de nuestro pensamiento. Y a este atractivo de la claridad viene a agregarse la maestría de una argumentación que conduce al lector, como de la mano al término de un difícil compromiso.

Por un rodeo singular, los progresos de la ciencia parecen haber quebrantado el principio mismo que más ha contribuido a este prodigioso adelanto: el determinismo, nacido del principio de causalidad, no da ya a todos los sabios el reposo de la certeza. El espíritu humano tiende a dominar el mundo cuya existencia independiente de nuestro pensamiento, es forzoso reconocer so pena de aniquilar a causa de las negaciones del solipsismo el valor del conocimiento. Y si dicho espíritu ya casi no espera coger la

realidad auténtica del mundo, ha elaborado, al menos, un conjunto de relaciones susceptible de organizarlo en sistema racional y coherente. Tal organización no ha sido posible sino gracias al principio de causalidad, "postulado sugerido por la experiencia", postulado existencia distinto de las relaciones matemáticas ideales, pero que subsiste como el mejor instrumento de investigación de dicha experiencia. Que una posición tan sólida como la del determinismo haya podido ser menoscabada por los descubrimientos científicos de lo que va del siglo, coloca a la filosofía, más aún que a la ciencia, frente a una alternativa capital. Porque en efecto la ciencia muestra, a veces, flexibilidad para acomodarse una doble explicación, como ocurre con las teorías corpuscular y ondulatoria de la luz.

E verdad que ciertos espíritus entre los más grandes (Planck, Einstein) no han cesado de otorgar durante toda su vida una confianza irreductible al postulado del determinismo; y aún sin la autoridad de estos grandes nombres, la noción de la "indeterminación esencial" —y quizá definitiva— y las "relaciones de incertidumbre" ofrecidas por la física subatómica dejan en el pensamiento un sabor de insatisfacción; ¿cómo admitir que el orden y la ley en los fenómenos a nuestra escala sean la resultante de innuerables combinaciones de fenómenos indeterminados en la escala subatómica? "La noción de determinismo es, por lo demás, anterior a la ciencia, es una noción esencial a toda reflexión sobre la realidad, e incluso a toda actividad vital".

De hecho el concepto actual de deter-

minismo se ha disgregado sin querer abandonar su rigor, y algunos hablan de un "determinismo pluralista", susceptible de tomar formas diversas a fin de adaptarse a los diferentes órdenes de fenómenos que rige. La biología, dominada actualmente por la ley de la evolución, que ha pasado del rango de hipótesis al de hecho sólidamente establecido, oscila entre una concepción puramente mecanicista de la evolución y un finalismo vergonzante o declarado. Y he aquí que se afirma la oposición irreductible entre el mundo de los sistemas físicos "cerrados" y la evolución de la vida: el primero no conoce sino las series descendentes de una degradación irreversible (principio de Carnot-Clausius); la otra, en la mayoría de los casos, revela una orientación ascendente.

El principio de causalidad, reducido a su rigor fundamental: "causa aequat effectum", responde a una exigencia persistente de la razón, cual es la negativa a admitir dentro de un sistema cerrado la menor creación absoluta o el más mínimo aniquilamiento absoluto, sino solamente equivalencias. Por otra parte, la realidad de la evolución obliga al espíritu a reconocer una "creación", más todavía, una "ascensión". Resolver esta antinomia es, para la filosofía, cuestión de vida o muerte. ¿Cómo puede lograrlo?

Observemos el comportamiento humano: la finalidad lo domina por entero. Negar que ella anima obscuramente al resto de los seres vivientes, sería cavar entre el hombre y el mundo un abismo, sería negar después de todo que la vida haya podido salir un día de la materia. ¿No es posible que aquello que llamamos materia "inanimada" esté, por el con-

trario, dotada de un rudimento de vida y de espíritu? La palabra finalidad asusta; es sospechosa, pero hay una finalidad de hecho que no compromete a ninguna metafísica. Hay más: las hipótesis metafísicas imponen su necesidad, siendo la unión de la ciencia y la filosofía la única capaz de resolver tales problemas. No está excluido el que la razón humana, dócil a las evidencias experimentales, formada a lo largo de la evolución innovadora, experimente nuevas variaciones y ensanche en la medida que exijan sus nuevas necesidades, el principio de la causalidad equivalente.

G. FABRE